

ción en 1819: y solo se notan, bien que son de fines del siglo pasado y principios de este, la iglesia de Loreto hundida, el colegio de Minería y la academia de S. Carlos. De la independencia acá han sido mayores los progresos, y hoy especialmente se nota en esa parte una actividad grande.

México tiene la forma de un cuadrado, cuya estension de oriente á poniente es de mas de una legua, lo mismo que de norte á sur: las calles anchas y tiradas á cordel, son de una estension igual á la de la ciudad, bien empedradas y con anchas aceras por uno y otro lado; y si se exceptúa el tiempo de lluvias, en que algunas de las principales se anegan, todo lo mas del año están en buen estado. La poblacion era en 1803, segun Humboldt, de 137.000 habitantes; mas como despues ha ido aumentando sucesivamente, se puede decir hoy, por aproximacion, y segun los censos de los años anteriores, pues en vano he tratado de ver el último, que asciende ya á 200.000 habitantes. Su comercio es activo, y se importan en ella todos los efectos extranjeros que entran á la república por Veracruz; y de otros puntos, sus mantas, loza, azúcar, cacao, añil, frutas y multitud de granos, aguardiente y pulque, del que se hace un gran consumo. Casi nada se esporta si no son los efectos extranjeros que van al interior.

He aquí una rápida noticia sobre México, que no podemos alargar por ahora tanto como quisiéramos, por no permitirnos las reducidas páginas de un periódico. En la descripción que vayamos dando de cada edificio en particular, nos estenderemos bastante para compensar con esto lo diminuto de esta noticia, y rectificaremos algunos puntos, como por ejemplo el de la poblacion, en los artículos de estadística de México.

SONETO.

Y usted, doña Paquita, tan hermosa,
¿Qué sabe hacer para aumentar su hechizo?
—Yo? Sé hacerme tan bien, tan lindo un rizo,
Que envidia causo á Pepa, á Sinfrosa.
—Y á mas de vuestros rizos, ¿qué otra cosa...
—Pues qué esa gracia mas no os satisfizo?
—Oh! Mucho á la verdad, que usted lo hizo
Por probarme con eso que es graciosa.
—Pues sé tambien bailar á la francesa,

(Bien que á la rusa no, yo lo confieso.)
Y sé ponerme un gorro á la escocesa.
Y menear mi cuerpo con exceso,
Y echarla en la tertulia de ex-marquesa....
—¿Y sabe usted pensar?—No, nada de eso.

MI SOBRINO.

SUSPIRO.

IMITACION DE J. REBOUL.

Todo es imágen que miente;
Copa amarga ó de consuelo,
Cancion alegre ó doliente
Engañan el labio ardiente:
Solo es verdadero el cielo.

No hay dia en que no sucumba
Del cielo el claro fanal,
Y la gloria se derrumba;
Todo es presa de la tumba:
Solo el cielo es inmortal.

El hombre en mar borrascoso
Navega lejos del suelo,
Y solo vé temeroso
En torno escollo espantoso:
Que solo es tranquilo el cielo.

M. ESTEVA.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

El mundo y la sociedad se asemejan á una biblioteca que al parecer está muy ordenada, porque los libros están colocados segun su tamaño; pero en la cual reina el mas completo desorden, porque nada está clasificado segun el orden de las materias ó de los autores.

La sociedad, los corrillos, los salones y en general lo que se llama mundo, es una mala ópera, nada interesante, y que algo se sostiene, es debido á las decoraciones.

El que quiera agradar en este mundo, es preciso se resuelva á aprender muchas cosas que ya sabe de aquellos que totalmente las ignoran.

EL CONDE DE SAN GERMAN.

La historia nos presenta algunos hombres cuya existencia tiene todos los visos de fabulosa, pues que aspirando á figurar como personajes ilustres, por su rango y dignidad, han abusado de la credulidad de los hombres y llenado su vida de tan ridiculas bellaquerías, que no podria creerse si autores recomendables y dignos de fé no hicieran mencion de ellos. Entre tales hombres es muy digno de contarse el célebre Conde de San German, charlatan de los mas atrevidos del último siglo, que buscando la fama con mengua de la verdad, usó como su contemporaneo Cagliostro, un nombre supuesto y un título ageno: se cree que este aventurero era hijo natural del rey de Portugal, otros dicen que su padre fué un judío portugués; mas estas no son sino congeturas, pues que su nacimiento ha sido siempre un misterio: se cree tambien que pertenecía á alguna sociedad secreta de Alemania, y que algun ministro ó partido poderoso de aquella época, lo empleó como espía, suministrándole con abundancia todos los recursos necesarios, para proveer á sus necesidades y para sostener su lujo. Dotado de gran talento, y sobre todo, de una memoria prodigiosa, hablaba varias lenguas antiguas y modernas, y se jactaba de poseer todos los secretos posibles, así como de haber vivido dos mil años; por esto nunca confesaba á nadie ni su origen, ni su patria, y su audacia llegó á tal extremo, que alucinó á la corte de Luis XV. Se echa en cara á las clases privadas de instrucción y de experiencia el asenso que dan á los charlatanes; ¡mas como podrá calificarse la fé ciega de algunos de los cortesanos de Luis XV, y aun la del mismo monarca á las fábulas que les referia con una serenidad imperturbable el pretendido Conde de San German? Increíble parece, á la verdad, que en Francia, en el siglo de las investigaciones, y en el cual la verdad, gracias al influjo de la filosofía, ya no estaba encubierta con velos impenetrables, se encontraran hombres que creyesen, ó que al ménos fingiesen creer la fabulosa longevidad de tan estravagante personaje.

Se refiere que estando cierto dia en Versalles, le dijo Madama de Pompadour.

—Dadme, conde, algunas noticias de Francisco I, pues creo que fué un rey muy amable.

TOMO I.

—En verdad que lo era, respondió San German, y pintaba con una facilidad de espresion asombrosa, las facciones, el gesto y hasta el metal de voz de este principe.

—¡Ah! añadia, si no hubiera sido tan fogoso, yo le hubiera dado algunos consejos, que acaso lo habrian libertado de todas sus desgracias, pero él tal vez no los hubiera seguido, pues la fatalidad hace que los principes cierran los oídos á los mejores consejos, principalmente en los momentos mas criticos.

—Y que decís del Condestable?

—Nada, madama, no puedo decir de él ni mal ni bien. La corte de Francisco I era hermosa ¡muy hermosa! pero la de sus nietos le excede infinitamente; en tiempo de Margarita de Valois y de Maria Stuard este era un pais encantador.

En otra ocasion el rey le presentó un diamante, que no estaba valuado mas que en 6.000 francos, á causa de tener una mancha, sin cuyo defecto habria valido 10.000. San German se comprometió á devolverlo limpio. Antes de un mes, como lo verificó en efecto, pues no sin gran asombro de la corte la mancha habia desaparecido.

Viendo un dia en una casa la imágen del Salvador, preguntó.

—De quién es ese retrato?

—De Jesucristo, le respondieron.

—No puede ser, continuó San German, pues que en nada se parece al Jesus Nazareno que conocí en las bodas de Canan.—Y con la mayor impudencia pintaba las facciones de Heródes, de Pilatos, de Tito hijo de Vespaciano, del historiador Josefo, y describía la destruccion de Jerusalem y la del templo como testigo ocular.

Se vanagloriaba de transmitir á otros el secreto con que habia conseguido su pretendida longevidad sobrenatural, y en cierta ocasion que referia un acontecimiento de una época muy atrasada, ponía como testigo á su papa.—No me acuerdo, dijo este; pero el señor conde olvida que no hace mas de quinientos años que tengo la honra de servirle.

Como todos los charlatanes, San German se adornaba con gran magnificencia, y el corte de sus vestidos parecia pertenecer á otra época.

10

ca, y á otro país. Hablaba de todo con tono de una perfecta convicción; ciencias, artes, literatura, nada parecía serle extraño. Conocía varios simples propios para curar algunas enfermedades, con cuyo uso fácilmente se atraía la benevolencia del pueblo: era muy hábil en la fantasmagoría y bosquejaba por efectos de catoptría, entónces casi desconocidos, las sombras que se le pedían. Presentose con la misma audacia en Venécia, en Lóndres y en Holanda, pero siempre echaba de ménos á la

corle de Francia, pues allí era donde encontraba mas admiradores, y despues dado en espectáculo en varias ciudades, se retiró á Hamburgo donde tambien encontró cándidos que lo creyeseu bajo su palabra. Pero el drama en que el célebre Conde de San Germán habia representado un papel tan brillante tocaba á su inevitable desenlace, y con gran asombro de sus discípulos murió en la corte del príncipe de Hesse Cassel en Slewig, en febrero de 1784.—P. M. DE TORRESGANO.

¿POR QUÉ HABLA SOLO?

Aquí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo el violinere.

ECUELLA ABALIC, CANT. IV.

HACIA POCOS días que notaba yo en el carácter de mi amigo Gerónimo una mutacion bien singular; de atento y jovial que solia ser, habiase tornado en cogitabundo y abstraído en grado tan alto, que en el último concierto á que asistimos, lejos de prestar atención á la música, y entusiasmarse con ella, como casi siempre acontecia, procuró separarse de mí luego que entramos al salon, y hallar detrás de una mampara un asiento en que solo de pocas personas fuese visto. Estívose allí quedo una buena parte de la noche, mas no pudiendo ocultármese su extraño proceder, y notando desde lejos que á las veces despegaba los labios como quien articula algunas voces, traté de aproximarme al sitio donde se encontraba, congeturando que por la hendidura de la puerta podría acaso leer mas de cerca en su fisonomía y aun entreoir los misteriosos vocablos que de tiempo en tiempo pronunciaba. Así sucedió efectivamente, y ¡cuál sería mi sorpresa al echar de ver la profunda abstraccion en que mi amigo estaba sumergido! Tenia los ojos fijos, el brazo derecho levantado, y el dedo índice en la punta de la barba, señales todas de una meditacion tan concentrada, que hubiera yo imaginado que Gerónimo trataba de resolver algun problema algebraico allá en su mente, si no hubiese logrado percibir las siguientes palabras que en medio de su distraccion se le escaparon, y que nada tienen por

cierto de la lengua de los cálculos. „¡Detestable!” decia en voz algo apagada pero perceptible, ¡excecrable! abominable, ab-omen-able! eso es, eso, eso; pero... excecrable! excecrable! no, no, no detestable!” Así continuó hablando solo mi infeliz amigo, siendo su soliloquio tanto mas *espantable* é incomprensible para mí, cuanto que coincidía con la ejecucion de una de las mas bellas y melodiosas oberturas de Bellini. Habiendo cesado de repente el ruido de los instrumentos, (si tal puede llamarse la inarticulada poesia de la música, como alguien la llamó con sumo acierto), siguiéndose acto continuo el palmoteo de reglamento, y lo que es mas, una especie de repique en convento de monjas que la conversacion de las hembras producía, volvió Gerónimo en si forzosamente, y acercándose entónces á él á fin de sondear su ánimo, pues me tomia y con sobrado fundamento, que su cerebro estuviese no poco destemplado, le pregunté: ¿qué juzgaba de la ejecucion de la última pieza? Y su respuesta vino á confirmarme en que no habia oido ni una sola nota. Tan grave inquietud produjo en mí todo esto, como es de suponer, que por no recibir un completo desengaño ó aparecer muy indiscreto, me abstuve de hacerle unas preguntas, consolándole, sin embargo, la esperanza de que esa taciturnidad tan solo proviniese de estar Gerónimo ciega y aun sordamente enamorado, cuya dolencia, en mi

humilde opinion, es susceptible de una cura radical, siempre que pueda ser tratada por el método *homopático*. Gerónimo se despidió de mí, prestando un quehacer imprescindible, y aunque yo de buena gana le hubiera acompañado hasta su casa, no me pareció oportuno el ofrecérselo, puesto que no me invitaba á seguirle como era ya costumbre entre nosotros. Así pues, permanecien el concierto, que por primera vez me era fastidioso, y ya empezaba mi imaginacion, si tal cosa tengo entre mis curiosidades, ya empezaba digo, á espaciarse en el inmenso campo, ó mas bien subterráneo de las conjeturas, donde á medida que se penetra se ve ménos, cuando llamó mi atención el toque de órden que en la caja de su instrumento dió el primer violin. Por no escucharme á mí mismo, púsemé á oír la nueva pieza, que desgraciadamente no era pieza nueva, pues la hubiera podido tararear de punta á cabo sin mayor dificultad, á pesar de que segun me dicen, y yo niego, tengo un pésimo oído músico. Como quiera que sea, lo cierto es que mal de mi grado, fui entregándome á nuevas cavilaciones, bien que de distinto género de las que en un principio me ocuparon. Fuéronme estas sugeridas por la circunstancia nada rara de estar disputando con una damisela pelinegra que cerca de mí estaba, un almidonado mozalvete de puños volteados, enllo invertido, barbas de gastador, (y lo es efectivamente el señorito), ente, en fin, de la cruz á la cola, envevesado, sobre que la jóven susodicha habia de cantar una cancion. Negábase ella alegando un constipado tan fuerte, que segun dijo, infaliblemente dejaría á toda la concurrencia escalfriada si llegaba á dejarse oír. ¿En qué consistiría, decia yo para mí coieto, que se hacen rogar los filarmónicos de ambos sexos, y aun los anfibios, (en cuyo número cuento, á pesar de su prolija barba, al garzon cuellidenu-do), al paso que los poetas, con especialidad los chabacanos, andan siempre desdoblando sus miserias estrofas? Y cuenta que una composicion de música por mediana que sea, nunca es enteramente ingrata al oído, niéntras que los versos á no ser excelentes, suelen ser mas refrigerantes que el agua de limon, pues ya se sabe que en punto á versos, los medianos y los malos corren parejas, como dijo el otro. No pude ménos de dar cabo á tan delicadas investigaciones, por habérmese puesto delante, á esta sazón, un inmenso bipedo, que, por lo usado de la chupa, lo desusado de esta y el calzon, y en fin, otros accidentes muy marcados, conocí era de aquellas voluntariosas criaturas que á si

propias suelen darse el nombre de despreocupadas, y que con mas razon debían llamarse *unpreocupadas* ó egoístas, puesto que de nada se curan, y en todas partes hacen lo que quieren, como locos mansos que realmente son. Al perillan de que voy hablando se le podían contar comodamente en las espaldas cien pesos de la nueva moneda de cobre, y por supuesto no era nada transparente, lo que me obligó á dejarle mi asiento, que era lo que el puntualmente apetecía. Viendo mi lugar tan superabundantemente ocupado, me dirigí á un corro, en que conversaban varios *diletantis*, entre ellos un bajo que gusta mucho de cantar á la sordina, por cuya razon opinan los inteligentes, que el metal de su voz es precisamente el justo medio entre el bajo pianísimo y el *contrabajo*. Entre este individuo y un tenor que al principio de la noche habia cantado *furiosamente* bien, se agitaba una cuestion histórico-musica, del mayor interés. (¡Con qué placer veia yo que tambien nuestros profesores, profundizan la filosofia de su divino arte!) Despues de haber hablado estensamente los interlocutores del poderoso influjo de la música, y de lo mucho que ha de suavizar nuestras costumbres, como si no fuesen ya mas dulces de lo necesario y conveniente, tomó la palabra el tenor susodicho y dijo, con aire de satisfaccion: En este momento me ocurre una duda, y es la siguiente: ¿Con qué se taparía Ulyses las orejas cuando llegó á no sé qué isla, para no oír el canto seductor de las Sirenas? Un músico de viento, harto rollizo, sin embargo, de aliento algo espiritoso, y que tenia bajo de su brazo un serpenteon, por simbolo quizá de astucia y agudeza, contestó gravemente: Ignoro si los Santos padres hablan de eso, pero fácil es suponer que debió de rellenarse los oidos con cera de *Canpeche* ó cosa semejante. No quise oír mas, y ya iba yo á buscar mi sombrero para retirarme, cuando percibí que un aficionado empuñaba su violin para tocar, segun él mismo dijo, unas lindas variaciones. Resultaron ser estas con obligado, no á piano, sino á contorsiones sumamente cómicas, con acompañamiento de visages que involuntariamente hacían los que estaban en frente del nervioso violinista. No queriendo sufrir mas tiempo aquellos infernales chirridos, que ya me habian destemplado hasta los dientes, me marché por fin, recordando á Gerónimo, á quien confieso tuve por algunos momentos olvidado, como tambien habrá sucedido al pacientísimo lector. En vano aguardé á mi amigo la mañana y la tarde del siguiente día; así que, heube de ir en la

noche á visitarle, no sin algun sobresalto, pues me imaginé le hallaria enfermo y postrado en una cama. Nada de eso: le encontré escribiendo en su gabinete, en el cual habia yo penetrado obra de seis pasos, cuando noté que estaba él tan embobado en su escritura, que no reparó en mi absolutamente. Contiveme, pues, para aprovechar la ocasion que se me presentaba de examinarle con mas detenimiento. Despues de escribir unos cuantos renglones, hizo alto para encender un cigarrillo, el que apenas comenzaba á fumar, cuando con voz, no remisa como la de la víspera, ántes bien enfática y clarísima, habló de esta manera.

„La vida me es aborrecible, ¡si, su aspecto me es odioso! ¡excecrable! ¡oh, crimen excecrable! Aquí se clavó de cabeza y guardó silencio, casi un par de minutos, durante cuyo espacio me fui aproximando pasito á paso, conteniendo el aliento cuanto era compatible con el temorcillo que empezaba á entrarme de estar á solas en aquel cuarto con mi pobre amigo, á quien juzgaba ya capaz de hacer alguna fechoria. Justamente iba á apoyarme en el respaldo de la silla en que él estaba, cuando hé aquí que incorporándose, esclama con voz terrificá y potente. „Excecrable traicion, hombre aborrecible! No ot mas, pero si corri cual miserable can en sábado de gloria: ya estoy en el porton... ya en el descanso... ya en el zahuano... que estaba cerrado por desdicha mía. Vanos son mis esfuerzos. „Cómo abrirlo? El portero estaba desgraciadamente arriba, pero ya venia bajando armado de una enorme tranea, en union de mi amigo que traia un alfange, que segun despues ví, era el machete de la cocina. Conociendo yo, á pesar del miedo que tenia, que si tardaba en mostrarme claramente, podría ser víctima de tales armas y de campeones tales, me adelanté hacia ellos, y con voz trémula, si, pero harto perceptible, dirigiéndome á mi amigo que venia hecho un leopardo, dijele.—Gerónimo, ¿qué ha sucedi-

do? Conózcanme por su vida, yo mismo soy. El, así como su portero, conocieron efectivamente mi acento, y mi amigo me informó entonces de como se habia introducido alguien en su cuarto clandestinamente, y trataba de apagar la vela para asesinarle. Mientras que discurría yo el modo de explicar lo acaecido, acompañe á los otros á que me buscasen, y cuando percibi que mi amigo se habia serenado un tanto, y ántes de que al portero le ocurriese indagar por donde habia yo entrado, impuse al primero de la verdad del caso, y no solo me perdonó la indiscrecion de haberle atisbado, mediante la confianza que entre ambos reina, sino que, cuando ya de retirada nos encaminábamos hácia su gabinete, me dijo sonriéndose.—„Por lo que acabas de aclararme, echo de ver que has tenido, y probablemente tienes todavia, sospechas de que yo esté un tantico enagenado.—No me negarás, le repliqué, que el amor es una de tantas enfermedades, un género al ménos de locura, y como pudiera ser que tú... Alto ahí, repuso Gerónimo, amor y locura no siempre son sinónimos, que hay amores tan friamente calculados, que... Pero por tu vida, dije yo impaciente, no me acabarás de explicar que es lo que te ha tenido hasta aquí tan espiritualizado?—Míralo, pues, me contestó, mostrándome el mismo pliego borragado en que acababa de escribir, y que tenia por encabezamiento esta sola palabra.—Sinónimos. No pude ménos de quedar absorto al encontrar en esta sola voz, la esplicacion de la detestable cuanto abominable gerigonza con que he chasqueado al curioso lector. Permítame, dije á mi Gerónimo, que en lugar del epigrafe de Quintiliano que aquí veo, ponga otro de mi propio cacumen. „Holgazan y autor de sinónimos, son sinónimos perfectos.» Osi no, este otro. „No hay mania mas pegajosa que la de buscar sinónimos; si su estudio se generaliza no ha de quedar jaula vacia en San Hipólito.»

MALA-ESPIÑA Y BIEN-PICA.

OLLA PODRIDA.

Influencia del Daguerrotipo en la moral.—Un sugeto, que ha estado en Paris, nos ha referido el suceso siguiente. Mr. F., casado con una muger hermosa, tenia sospechas de que

le era infiel, hasta que por fin logró confirmárselas. Por sus ocupaciones regresaba á su casa 7 ú 8 horas despues de su salida, y mientras, la consorte salía á pasear algunas veces con su

amante por algunos jardines de los suburbios de Paris. El infortunado marido, que los observaba ocultamente, deseando una prueba incontrastable del crimen para pedir el divorcio, se valió de la siguiente estratagemá. Armado de un buen Daguerrotipo, se colocó entre unos árboles del jardin en que estaban los dos amantes; y quando se hallaban sentados en un banco de piedra y abrazados, el paciente con mucha serenidad procedió á grabar la historia de su deshonra. El dia siguiente la adúltera fué acusada ante los jueces por su marido. Se le piden pruebas, y presenta su fatal lámina. Como las imágenes eran demasiad pequeñas, por haberse situado el marido á alguna distancia de los amantes, se recurrió al microscopio; y habiéndose reconocido los retratos de los reos, los jueces no titubearon un momento en fallar el divorcio solicitado por el marido.

Numero de periódicos en la República mexicana.—Segun las noticias que hemos podido adquirir, los periódicos que se redactan en la República, son los siguientes.—Departamentos: En Veracruz, 2. En Tamaulipas, 3. En Oajaca, 2. En Chihuahua, Morelia, Guadalajara, Zacatecas, San Luis Potosí, Puebla, Querétaro, Sonora, Tabasco, Durango, Coahuila y Nuevo Leon, uno en cada departamento. Total 19.—En México, 13; que son: el Diario del Gobierno, el Siglo XIX, el Organó del comercio, el Oriente, el Mosquito, el Observador judicial, el Correo francés (redactado en francés), la Hesperia, el Constitucional, el Museo, la Revista comercial, la España pintoresca y el Liceo. Suma total, 32.

Locuacidad femenil.—Guido Reni, en su magnifico cuadro de la tentacion del primer hombre, pintó á la serpiente con cabeza de muger. Habiéndosele preguntado la causa, contestó que por haber leído en el Génesis que la serpiente habló mucho á Eva.—Un célebre escritor francés decia que los hombres habian edificado la torre de Babel, y las mugeres la de Babil, [en francés *charla*].

Feos.—Una señorita mexicana decia cierta vez, que en el mundo hay tres clases de feos; unos que causan risa, otros cólera, y otros lástima.

Ley de policía.—En Roma se dió antiguamente una ley desterrando á los médicos. Cosa admirable! mientras estuvo vigente se advirtió un aumento de poblacion extraordinario.

Anagrama.—Se llama así la transposicion de las letras de una palabra, de lo que resulta otra palabra distinta. Algunos en la formacion del anagrama sustituyen la *u* á la *r*, la *c* á la *g*, la *i* á la *j*, etc.; y otros no admiten estas sustituciones. Hay anagramas que tienen una relacion muy notable con la voz ó expresion de que han provenido. ¿*Quid est veritas?* [¿qué es la verdad?] pregunta de Pilátos á J. C. *Est vir qui adest* (es el varon que está presente), anagrama perfecto y admirable. El anagrama de *logica es caligo* (oscuridad). El de *Iturbide, Tu vir Dei*; es decir: *Tú eres el varon de Dios*, destinado para consumir la grande obra de dar la libertad á una nacion, que algun dia figurará entre las primeras del mundo. Se dice que un médico corso, en el tiempo de la revolucion francesa, formó el siguiente anagrama. De *La révolution française*, esta expresion *Est où un corsé la finira* (y la que concluirá un corso). Sobre el sepulcro del asesino de Enrique IV se halla grabada esta inscripcion. *C'est l'enfer qui m'a créé*, (quien me creó fué el infierno) que es el anagrama perfecto del nombre del asesino, *Frère Jacques Clément*.

Quidproquo.—Hace algunos años se presentó á Sínodo en el Arzobispado de México, para ordenarse de subdiácono, un jóven muy tonto é ignorante. Uno de los sínodales le mandó traducir del latin un trozo de una epístola de San Pablo: cuando llegó á una expresion que decia: *Fratres, sobre esolate*, él tradujo: *Fratres, oh fríales, sobre estais de sobra*. Todos los circunstantes comenzaron á reirse; mas el arzobispo les dijo: „Señores, poco á poco: él ha traducido mal; pero ha dicho bien.”

Mutua alabanza.—Una vez que Bourdaloue encontró á Massillon, le saludó diciéndole: „Adios, predicador de los reyes;” y éste le contestó: „Adios, rey de los predicadores.”

Remedio contra la embriaguez.—El mas eficaz que se conoce, es tomar un pozuelo de agua, en que se hayan cebado ocho gotas de amoniaco, (vulgarmente *aitcali*).

Polgamia suecica.—En una de sus obras refiere S. Gerónimo lo siguiente. Habia en Roma una muger que acababa de perder su vigésimo segundo marido, y se casó con un hombre que habia sido casado veinte veces. Sucedió que murió la muger, y se obligó al marido á asistir al entierro de su consorte, llevando una palma en señal de su triunfo.—F. D. BONILLA.

LA TRISTEZA.

Palpé la realidad y oí la vida.
ESPRONCIDA.

ALMA deidad, dulcísima Tristeza;
Única compañera de mi vida,
Ven y consuela el alma afligida;
Dulce Tristeza, ven.

Al ver en tu semblante la sonrisa
Amarga del dolor, cesa mi duelo;
Ven á mis brazos, diosa de consuelo,
Ven á mis brazos, ven.

Al reclinar mi sien contra tu pecho,
Mi agitación continua desaparece,
Tu sosegado aliento me adormece,
Y late con quietud mi corazón.

El lúgubre compás de tus canciones
Espacece sobre mí, dulce beleño,
Y entre tus brazos entregado al sueño
Olvido mi aflicción.

¿En dónde hallar placeres ni reposo,
Si ya del mundo conocí el engaño;
Si he visto por mi daño
Que todo es falsedad, todo ilusión?...

Bajo las flores que en el prado luecen
Se arrastra la culebra ponzoñosa;
Dentro el mórbido seno de la hermosa
Se oculta la perfidia, la traición.

Predica la virtud el sacerdote,
El hipócrita sus leyes él quebranta,
Y amistad invocando sacrosanta
Vende un hombre el secreto que arrancó.

Proclama libertad el poderoso
Para cargar al pueblo de cadenas,
Y el rico vé con frialdad las penas
Del mendigo que implora su favor.

Puebla, Octubre 3 de 1843.—FERNANDO OROZCO.

¿A dónde, á dónde hallar por todo el mundo
Esa felicidad que el hombre sueña,
Cuando ciego desdicha
La virtud, el amor y la amistad?...

¿Cómo poder vivir entre esa turba,
Que buscando la dicha la desprecia;
Entre esa turba criminal y necia
Que ha llenado mi vida de pesar?

Dulce Tristeza, si en tus yertos brazos
Se pasara mi vida,
Y el alma con tu sueño adormecida
Otro mundo encontrara al despertar;

Pasara mas dichoso mi existencia
Que buscando afanoso la ventura,
Para gozar momentos de dulzura
Que se pagan con siglos de pesar!

¡Ah! no te apartes, ven; contra tu seno
Estrecha el seno mío,
Con tus caricias calma el desvarío
Que sin cesar agita mi razón.

Dulce sueño me dá, y en tu regazo,
Seré una vez feliz, que adormecido,
Del pensamiento borrará el olvido
Las huellas del placer y del dolor.

Arrulla con tu canto melancólico
Al alma triste, de sufrir cansada;
Apague el frío de tu mano helada
El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
Mi inagotable llanto:
Ven á calmar piadosa mi quebranto;
Dulce Tristeza, ven.

LA HIJA DEL CIEGO.

I.

Por los años de 177... un oidor llamado D. Pedro de Castro estaba un día recargado en el balcón de su casa y con la mano en la mejilla, recreándose con el animado espectáculo que presentaba con sus innumerables transeúntes, sus carruajes y sus caballos, sus buboneros y sus negociantes, la populosa metrópoli de la Nueva-España. Era la fisonomía de D. Pedro, severa, sus ojos azules dirigían miradas penetrantes; su frente calva, sus mejillas marchitas y su continente pensativo, daban claras señales de una vejez anticipada por las penas y por los desórdenes quizá de una vida licenciosa. Hacía ya algun tiempo que estaba en la postura dicha, cuando se enderezó derepente, y poniéndose encima de los ojos la mano estendida, para que no le molestasen los rayos del sol, estuvo mirando un buen espacio hacia la esquina de la calle de su casa. Hizo señas luego á uno de sus lacayos para que llamase á la persona que le señaló con el dedo, y cuando se cercioró de que su criado volvía con ella, entróse cerrando la vidriera de su ventana. El que había excitado la curiosidad del oidor, era un ciego de capa y ancho sombrero, á quien servía de lazarrillo una niña de catorce á quince años, linda y risueña, vestida de blanco, suelta su larga y rizada cabellera, y sujeta solo á sus sienes con una cinta negra, que contrastaba con la blancura de su frente. Venían acompañados de mucha gente que contemplaba ansiosa la hermosura de la niña y la fisonomía noble del ciego, y todos encañecían las gracias de los dos con las palabras mas expresivas; mientras ella jugando suavemente con la mano del ciego entre las suyas, y murmurando una canción, proseguía su camino, sin reparar siquiera en las alabanzas que por todas partes le prodigaban. Una sola vez miró hacia un balcon, se detuvo un momento, exhaló involuntariamente un suspiro, y advirtiendo que lo habían notado, bajó los ojos y el rubor encendió sus mejillas.

De esta suerte llegaron á la casa del oidor que los estaba aguardando impaciente, entraron á su habitación, le saludaron cortemente, pero sin bajeza, y tomaron asiento, que les lle-

vó el mismo D. Pedro.—¿Cómo te llamas? le preguntó el oidor al ciego.

—Pascual, para servirlos.

—Esta niña, ¿es hija tuya?

—Sí señor, y el único ser que me ama en la tierra.

—¿Qué edad tendrá?

—Quince años no cabales.

—¿Y hace mucho tiempo que enviudaste?

—El mismo tiempo hace que perdí á la mujer que mas amaba; y pobre de mí si no hubiera sido por mí Ines, por esta niña que ha sido mi ángel de consuelo. Ella me guía por todas partes, y juntos ganamos nuestro sustento; yo tocando mi vihuela, y ella cantando los romances que yo mismo compongo.

—Siendo así, holgaría mucho de oiros; porque si tu destreza en el tocar iguala á la gallardía de tu presencia, y si la voz de tu Ines es tan hechicera como su rostro, pocos habrá que os lleguen y ninguno que os haga ventaja.

—Juzgareis por vos mismo.

Y sacó la vihuela que llevaba debajo de la capa, recorrió sus cuerdas una por una afinándolas perfectamente, y despues de varios preludios en que hizo gala de su destreza, comenzó á sacar de su instrumento sonidos dulcísimos y llenos de melancolía. Sus facciones se animaban mas y mas cada vez, vagaba en sus labios entreabiertos una sonrisa apacible, y con oídos atentos á la nota mas ligera, al sonido mas imperceptible, apuraba sediento aquellos raudales de armonía. ¡Felices los que son capaces de comprender ese lenguaje apasionado, esa poesta inimitable y divina que es el encanto de las almas sensibles!

Ines con la vista fija en su padre permaneció callada algun tiempo; mas su garganta de alabastro palpító derepente como la de una ave que gorgea, y con voz encantadora y melodiosa cantó el siguiente romance:

Vuela avecilla inocente,
Rápida el espacio cruza
En tanto que el viento manso
Riza tus cándidas plumas,
Vuela á tu nido, avecilla,

De madre adorada en busca;
De la que con dulces trinos
Tu sueño amorosa arrulla.
Vas á desplegar tus alas...
Volaste ya... cual ninguna
Rauda atraviesas los aires...
¡Amor de madre te impulsó!
¡Amor de madre! esa llama
Que avivan y hacen mas pura,
De la dicha el soplo blando
Y el huracán de la angustia.
Llegaste al nido... mas dime
¿Por qué al mirarlo te asustas
Y arrastrar dejas tus alas
Desesperada y convulsa?
Ah! „murió mi madre tierna.”
Con tristes ayes anuncias:
Yo tambien perdí una madre,
Ven, pues, lloraremos juntas.

Calló Ines y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Pascual, quien la dió un beso en la frente y comenzó á acariciar con la mano su negra cabellera. D. Pedro que habia escuchado el romance, sin apartar sus ojos de Ines, sacó de su faltriquera una bolsa llena de oro y poniéndosela en la mano, le dijo:—Toma, Pascual, un corto premio de tu habilidad y la de tu hija; y alégrate de haber encontrado en mí un protector generoso que aliviará en cuanto sea dable tu infeliz situación.

—Ah! señor, ¿quién sois vos que alargais una mano caritativa á este ciego desgraciado?
—Soy D. Pedro de Castro, oidor de la audiencia de esta nobilísima ciudad, y su actual presidente. Pero... tu hija es muy hermosa, y andando continuamente por las calles contigo que eres ciego...

—Ah! no; soy ciego, pero mi oído, sensible aun al ruido que forma al volar el insecto mas pequeño, vela incesantemente por la honra de mi hija. Además, ¿no es verdad que me amas mucho, Ines mia?

Ines contestó estrechando entre sus brazos á Pascual, y besando luego amorosa y sumisamente su mano.

—Muy zeloso te muestras de la honra de tu hija; pero á fe mia que el amor al oro mas que el paternal, es la virtud favorita de los vagamundos, que cantando y tañendo limpian las bolsas de los curiosos caritativos.

—Señor...

—Escucha: tu hija es muy hermosa sin duda; pero mi proteccion tambien vale mucho para que la desprecies. No puedo negar que me agrada la Inesilla, y como al fin y al cabo

estando á tu lado no vive en ningún monasterio... y por otra parte, de que vaya á dar á poder de algun mozalvete oscuro que nada le dé, á que sea mia, vale mas ciertamente...

—¿Qué decis? No entiendo.

—Parece que pretendes sacar mucho partido de mí, como si no fuera bastante fortuna para tí ver á tu hija de dama de un oidor.

—De dama! dijo Pascual poniéndose en pié y con el rostro encendido en ira: ¡de dama! ¡Secio de mí! Os tenia por un hombre generoso, y sois un villano miserable. Tomad vuestro oro, (y arrojó al suelo la bolsa) y recibid esta lección de un *vagamundo* un magistrado como vos.

—Calla, ciego insensato, le contestó D. Pedro con enojo mal reprimido; calla y acuerdate de la repulsa de tus agravios.

Salieron de allí inmediatamente Pascual é Ines, y D. Pedro despues de haber llamado á un criado le dijo dos palabras al oído, y quedóse luego entregado á profundas cavilaciones.

II.

Tres dias habian pasado, y una noche despues de la cena, sentados al amor de la lumbre Pascual y su hija, para aliviarse del frio del invierno, departian sabrosamente, y gustaban, aunque desgraciados, los inocentes placeres domésticos. Ines sobre las rodillas de su padre le colmaba de caricias, y este reia afable con ella y respondia amoroso á sus preguntas. El ciego, gallardo y de frente despejada, y con un rostro en que se retrataba la inteligencia, y la niña cándida y hermosa como un ángel, formaban un cuadro tan sencillo, tan tierno, tan admirable, que apenas hubiera podido expresarlo Rafael con sus pinceles.

—Vamos, padre mio, dijo Ines: ¿no sabeis alguna historia entretenedora que contarme, como hacéis otras veces?

—Si, repuso Pascual; te contaré una, de la cual nada sabes, pero que debe interesarte, pues es nada ménos la historia de mi vida. Antes nada te habia dicho, porque eras muy niña y no podias comprenderme; mas pronto cumplirás quince años, edad suficiente para que escuches con gusto mi narracion.

—Hablad, padre mio, hablad; que estoy ya impaciente por oiros.

—Mi madre, hija mia, me dió al mundo en Guadalajara, y mi nacimiento fué para ella la consumacion de su deshonra; pues la habia seducido un caballero noble y rico que la abandonó, dejándola sumida en la miseria. Se au-

mentó su amargura, cuando vió que yo estaba privado de la vista, y cuando le aseguraron que me seria imposible recobrarla; y mi infeliz situacion acrecentó su amor maternal, si es que puede acrecentarse el amor de una madre. Sin recursos de ninguna clase para vivir, fuéle forzoso entregarse á los trabajos mas duros para ganar la subsistencia, hasta que un hombre benéfico y cristiano, compadecido de nosotros, nos tomó bajo su proteccion y disminuyó hondadoso lo angustiado de nuestra suerte. Ajusté cinco años, y me dedicaron á lo único que me juzgaban capaz de aprender, á la música, á la cual profesaba yo además una inclinacion decidida. Adelanté mucho en poco tiempo hasta el grado de llamar la atencion de todos y de ser aplaudido de cuantos me escuchaban; aplausos que causaban á mi pobre madre la mas cumplida satisfacción. Gustábase verme cercado de personas que absortas me escuchaban, y si se alzaba alguna voz sobre las otras en mi alabanza, si alguno me celebraba con entusiasmo, entonces su placer era inesplicable, corría á estrecharme entre sus brazos y á empujar mis mejillas con sus lágrimas. ¡Qué delicioso es sentir las caricias de una madre, y respirar su aliento, y beber las lágrimas de gozo que la hacemos derramar!

Ajusté diez años de este modo; mas la salud de mi madre debilitada por los sufrimientos, le falló por fin, y cayó postrada en una cama, donde se mostró mas y mas la tierna solicitud de nuestro protector por aliviar sus males. Sin apartarme un punto de su cabecera, le dispensaba yo las atenciones que podia, y cantando al son de mi vihuela las canciones que mas le gustaban, hacia por calmar la violencia de sus dolores. Su enfermedad se agravó en extremo, y una noche, que no puedo recordar sin sentir que se despedaza mi corazón, me dijo con voz apagada: „Hijo, mi última hora se acerca, y al pasar á la eternidad, no tengo mas consuelo sino que Dios es un padre amoroso, que no te dejará perecer. Además, el hombre bondadoso que nos ha favorecido, no dudo que te seguirá protegiendo, y sólo te encargo que nunca te muestres ingrato á sus beneficios. Ruega á Dios por tu padre, y ámale con todo tu amor, pues que quizá tú vendrás á ser con el tiempo la causa de su arrepentimiento. Al morir sabes que no puedo dejarte nada, porque nada poseo; mas toma este retrato que es el de tu padre, (y me dió este que traigo siempre pendiente de mi cuello) y sirva para que te acuerdes de él y de mí. Teme á Dios, y vivirás tranquilo en la adversidad; ámale y te serán su-

vos los trabajos. Mueren en paz, y aguarda la eterna recompensa.” Espiró, y yo, abrazado de su cadáver, le di mis últimos adioses.

Volví al lado de mi protector, quien por varias ocurrencias domésticas tuvo necesidad de salir de Guadalajara y venir á establecerse en esta ciudad con su hija, que formaba toda su familia: trájome tambien á mí, y Clara y yo, éramos los únicos objetos de su ternura. El continuo trato con aquella niña que habia pasado conmigo su infancia, hizo que yo la amase y ella tambien á mí, y mi nuevo padre tan luego como conoció nuestra inclinacion; enlazó con el matrimonio, apenas se hubo cerciorado de la sinceridad de nuestro amor. Empeñado nuestro padre en un pleito, vino á quedar arruinado por la mala fé de los abogados y la vealidad de los jueces, y este suceso desgraciado le causó la muerte en poco tiempo. Solos Clara y yo en el mundo, sobrelevábase nuestro suerte con resignacion; yo la amaba con toda mi alma y ella era conmigo la mas tierna y fiel de las esposas. Naciste por fin, hija mia, y murió tu madre al darte á luz: de esta suerte perdí en poco tiempo á mi madre, á mi protector y á mi esposa. A costa de mil sacrificios logré criarte, y ahora, ya lo ves, tú formas toda mi felicidad.”—Calló Pascual, é Ines, con los ojos llenos de lágrimas, preguntábase las circunstancias mas ligeras de su vida, besábale amorosa la frente, y repetíale cada momento: „Padre mio, cuanto os amo.”

III.

Eran las doce de la noche; hacia ya media hora que D. Luis de L... se paseaba frente á la puerta de una casa pobre mirándola sin cesar, y deteniéndose algunas veces, como para escuchar atentamente. Abrióse por fin la ventana sin el mas leve ruido, y dejóse ver á la opaca claridad de la luna una niña de incomparable hermosura, y vestida de blanco, que con voz apacible y armoniosa dijo:—¿Tú eres, D. Luis?

—Si, Ines; amor mio, yo soy.

—Ingrato! en dos dias no habias venido! ¿Qué angustia mevo amor...

—Ah! Ines; sabes que te amo con todo mi corazón, y que nadie puede reemplazarte en mi alma; pero me habia sido imposible venir.

—Don Luis, harto te he dicho que mires quién soy, y que la hija desvalida de un pobre ciego, no es capaz de llenar dignamente el corazón de un joven gallardo y principal como tú. Piénsalo bien, no sea que un arrepentimiento tardío...

—Cómo se conoce que no me amas! ¿No te he dicho que mi clase, mi fortuna, cuanto poseo, todo es tuyo, y que todo el universo me parece homenaje escaso á tu hermosura? Si: pediré á tu padre tu mano, serás mi esposa, y entónces seremos el báculo que sostenga sus pasos inciertos, el bálsamo que sane las heridas de su alma. Me crees, bien mio?

—Ah! sables que mi padre y tú sois los únicos objetos de mi ternura. Por qué te amaré tanto!...

—Y le has confiado á tu padre nuestro amor?

—No me he atrevido, temiendo que cuando supiese quien eres, no me acusase de liviana en dar oídos á quien la suerte ha hecho tan desigual conmigo; mas se lo diré todo, y Dios proteja nuestras intenciones puras. Mas olvidaba decirte el suceso desagradable de mi padre con el presidente de la Audiencia, con D. Pedro de Castro...

—Si, cuentámelo todo.

Y contó Ines como yendo con su padre por la misma calle en que vivían D. Luis y D. Pedro, esto les habia llamado; no olvidó decirle el suspiro que se le escapó al pasar frente á la ventana de D. Luis; y por último, cuanto les habia pasado en la casa del oidor, y la amenaza que este les habia hecho.—No te aflijas por eso amada mía, repuso D. Luis, yo no os perderé de vista un instante ni á ti ni á tu padre. Dame á besar tu mano hermosa, y no olvides que nada habrá que se oponga á nuestro casto amor.

Sacó Ines su mano de alabastro, y D. Luis imprimió en ella un beso ardiente que revelaba toda la fuerza de su pasión. Se retiraba ya D. Luis, é Ines con el brazo apoyado en la reja le seguía con la vista, cuando una mano vigorosa asió fuertemente la suya; volvió el rostro asustada, reconoció á la luz de la luna á D. Pedro embozado en una ancha capa, arrojó un grito de terror, y escuchó estas palabras que pronunció el oidor con voz terrible.—He aquí por qué no podías corresponder á mi amor; pero me vengaré.

El grito agudo de Ines despertó al ciego que la llamaba á voces, «Ines, Ines» é hizo volver á D. Luis, quien al ver aquel hombre que la tenía asida, se precipitó sobre él con la espada desnuda, el oidor hizo lo mismo, y se trabó una lid que hubiera acabado por la muerte de uno de los dos, á no haber sido por la ronda, que acudiendo con presteza, logró separar á los combatientes. Asieron de ambos, mas el oidor con acento imperioso declaró su nombre que hizo enmudecer á los ministros de la justi-

cia, se embozó sosegadamente en su capa, y mandando que llevasen á D. Luis, se alejó con paso mesurado. Pascual habia llegado ya á la reja en busca de su hija, á la cual encontró desmayada.

IV.

En una prision estrecha y alumbrada solo por la débil claridad que daba una pequeña claraboya, estaban dos personas silenciosas, tendida la una en el suelo y puesta la otra de rodillas dirigiendo al cielo una plegaria fervorosa: eran Pascual é Ines. Pascual devorado por una fiebre violenta, pronunciaba de cuando en cuando algunas palabras; y su hija pálida, descompuesto el cabello y juntas sus manos, confiaba á la Virgen Maria sus angustias, demandándole un destello de consuelo. D. Pedro era la causa de sus padecimientos; ofendido con la conducta de Pascual y ciegamente enamorado de Ines, habia hecho que uno de sus criados los siguiese para saber su casa, y que se informase todo lo posible de las circunstancias mas ligeras que les concerniesen. Supo como D. Luis hablaba todas las noches con Ines, y con el furor de los zelos se propuso vengarse de su rival, del ciego y de su hija; mas ántes queria comunicar á Ines su venganza, para ver si por este medio lograba que cediese á sus deseos. Impidióselo el ruido que hizo volver á D. Luis y despertar á Pascual, y vióse precisado á dar un paso que hubiera querido retardar hasta no convencerse de la imposibilidad de que la hija del ciego le correspondiese. Manchó, pues, con la mas infame calumnia la reputacion de aquellas dos almas cándidas y desgraciadas; supuso que el día que habian estado en su casa el padre y la hija, se habian sacado una joya de rico precio, y con tan negra maquinacion favorecida por el gran crédito de que gozaba, logró que los llevasen presos, siempre con ánimo de acriminarlos ó declarar su inocencia, segun le conviniese. Sabedor Pascual por uno de los que fueron á llevarle, de la atroz calumnia que motivaba su prision, se apesadumbró de tal suerte, que apenas hubo entrado á la cárcel, cuando tuvo que ceder á una fiebre violenta que amenazaba privarle de la existencia. Hacia ya dos dias que estaban en el calabozo, y la enfermedad de Pascual progresaba constantemente, tanto que pidió un sacerdote que le acompañase en sus últimos momentos. Ines no se apartaba un punto de su padre, y habia llegado al extremo á que conduce ese dolor profundo é inexplicable, que no nos deja profirir una

queja ni derramar una lágrima. Su padre cercano á la muerte, y acusado de un delito vergonzoso, su amante encerrado probablemente en una prision; ni un auxilio, ni un amigo.... ¡Pobre niña! Cuánto pesa sobre ti la mano de Dios que se complace á veces en probar la fortaleza de los que mas ama!

Legó el ministro del altar, y despues de haber oido la confesion del ciego, pronunció con voz grave y magestuosa la absolucion, é Ines de rodillas pronunció un *Amen* arrancado de lo mas íntimo de sus entrañas. Comenzó luego el sacerdote á rezar las pleges con que la Iglesia cierra amorosa los párpados del moribundo, y Pascual las repetía con voz clara y sonora, y con aquel semblante animado, con aquel acento tierno y vehemente de una alma criada para comprender los misterios de la armonía.

En medio de aquella escena solemne se presenta el oidor, llevado por el deseo de ver á Ines, para empeorar ó mejorar la suerte de sus víctimas; mas atónito con aquel espectáculo imponente, quedóse parado en el umbral de la puerta del calabozo. Advertido Pascual por su hija de la presencia de D. Pedro: «Os perdono, le dijo, mas tened compasion de mi desventurada hija.» Y tú, hija mia, prefiere mil veces la muerte á la deshonra; recibe de mi mano la prenda que en igual caso me dió mi madre en otro tiempo. El cielo me negó la dicha de recibir un solo beso de mi padre, toma su retrato y conservale en memoria de mí.' Dióle el retrato, y el oidor se acercó á verle como arrastrado por un impulso irresistible; y como dudoso de lo que veía, estuvo examinandolo algun tiempo á la luz, y dirigiéndose á Pascual, preguntóle con la mayor agitacion.

—Tu madre te dió ese retrato que dices ser de tu padre?

—Si.

—¿Y dónde naciste?

—En Guadalajara.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Clara de S....

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio! exclamó el oidor, arrojándose delante de Pascual, ¡perdon! Yo soy el miserable que abandonó á Clara, yo quien te quitó la vida, esa vida por la cual diera ahora gustoso mil, si otras tantas tuviera.—Padre mio, estábais perdonado; recibid ahora mi amor y perdonadme vos.

Estendió Pascual los brazos hácia D. Pedro, y este fué á unir su rostro con el rostro del ciego.—Déjame, hijo mio, le decia, recoger con mis labios tu último suspiro.

Duraron así algun tiempo D. Pedro y Pascual, mas este apartando suavemente á su padre.—Padre mio, le dijo, mi fin no dilata mas que algunos momentos; os encargo especialmente á mi hija.

—¡Oh! Ines mia, ¡ven á mis brazos! Te amo, sí, pero no con un amor criminal, sino con el de un padre á su hija. ¡Necio de mí! no conocia que era la sangre que le habla á la sangre. ¡Mas ah!... tú amas á D. Luis, lo sé bien, y él te ama á ti. ¡Hola! sacad sin perder un momento al preso del calabozo inmediato, y traedle aqui.

Corrieron inmediatamente el carcelero y un criado que habia venido acompañando á D. Pedro, y volvieron al punto con D. Luis, que sorprendido con la escena que se presentaba á sus ojos, no podia siquiera desplegar sus labios.

—D. Luis, le dijo D. Pedro, dad la mano de esposo á mi nieta.

—¡Vuestra nieta! exclamó D. Luis.

—Si; y desde ahora sois dueño de todos mis bienes. Quiera el cielo perdonarme mis crímenes, pues conoce lo sincero de mi arrepentimiento.

El sacerdote bendijo aquella union, y Pascual con sus labios entrecubiertos por una sonrisa apacible, exhaló su último suspiro.

JUAN N. NAVARRO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ATZCAPOTZALCO. 1821.

Comenzaban los hermosos días del mes de junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los mas puros, tan pronto se experimentan con agitación, tan pronto son acibarados por el dolor que desde la cuna comienza á conmover el corazón del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba mas que á perseguir una mariposa, ó á recojer algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que despues abandonaba con la inconstancia de niño.

Una tarde á la relacion de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se demudó al oír el nombre terrible del coronel Concha; y me estremecí tambien, porque mil veces habia oído decir que era un enemigo jurado de mi padre, á quien habia querido juzgar como á otros, en Tulancingo por una conspiracion que debia haber estallado en 819, y que fué descubierta: Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á no haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, habria ido á Tulancingo á sufrir los tormentos que Concha hacia pasar á los demas prisioneros. Vino la constitucion del año de 20 y á esto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patibulo. Aun no se habia borrado en mi familia la idea del riesgo que habia corrido mi padre. La relacion del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte division en auxilio de San Juan del Rio y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber tomado mi padre partido en la causa nacional (1).

(1) No se crea en mi vanidad descendí á estas particularidades domésticas si no ocupo en ellas, es puramente para que se forme alguna idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Iguala, fué,

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huir, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Rio venia tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna accion entre los independientes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y mas cuando no estaba presente el jefe de la casa. Mientras se tomaba algun partido llegaron algunos oficiales aposentadores. Súpose por ellos que venia el batallon expedicionario de Murcia; nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante agitado, se inferia que algun acontecimiento desfavorable le habia sucedido. Se consideró prudente no huir ya; á poco mas de una hora llegó el regimiento que venia marchando con el órden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volvria humillado y lleno de vergüenza, pues se habia desertado del ejército trigarante, despues de haber jurado en Iguala el plan de independencia, lo que manifiesta la difícil posicion en que se vió al principio el jefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos criticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallon que se dirigia á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperacion comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensacion que aun producian aquellos soldados.

Serian las cinco de la tarde del mismo día, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximacion de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se

como ninguno otro, tan espontánea como generalmente aplaudiendo y secundando á demas, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transicion tan repentina en que la reflexion se subalterno á los resultados mas sorprendentes, y que cada uno llevaba en sí la novedad.

habian agotado en tan corto intervalo. La afliccion mas aguda se apoderó de todos, y no se podia ni aun respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballeria: la confusion en mi familia y demas personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algun accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentó el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran independientes. Una exclamacion general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independientes; yo salí tambien lleno de gozo. Se supo que venian á encontrar á Concha, á quien creian inmediato y deseaban batir.

La vanguardia ó descubierta la formaba el antiguo insurgente Encarnacion Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guanajuato; asido de la mano de una persona fui adonde estaba la tropa. Vi por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazón, aunque tierno, palpaba de alegría. Consideré de cerca á estos soldados y á su jefe, que tenían un continente guerrero esclensivamente nacional. La mayor parte llevaba sus cuernas ó colones largos de charro; y calzóneras de venado, botas de campana y sombreros jaranos, componian su uniforme: carabina, lanza, machete y reata, era su armamento y montaban unos fogosos caballos; á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escudron caía, dejaba tras él una huella de sangre y de desolacion. Ortiz, conocido por el Pachon, era una celebridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvia con mayor brío á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacia notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valia el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatia, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiera nuestra alma de curiosidad ó de desconfianza. Si mis recuerdos de aquella época muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día de aquel hombre, tipo de nuestros primeros guerrilleros, yo diria que era de una estatura alta, de color triguño, ojos rasgados, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y espresion que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hom-

bres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, segun era la persona con quien se comunicaba: un carácter suave y condescendiente con sus subordinados, interin no fallasen á la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba integrado á la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus gefes; y por último, poseia suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fueron los primeros independientes que vi habiendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demas cuerpos: siguieron despues dos escuadrones del cuerpo de caballeria de S. Carlos, otros del Príncipe y Sierra Gorda; á continuación el florido regimiento de infanteria de Celaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de infanteria. El sonido de las músicas militares de esta y el de las bandas de clarines de la caballeria, enagenaban los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresion de entusiasmo y patriotismo; impresion difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenían entonces desarrollada su sensibilidad de singulterís y de gloria, están amoriguadas, estinguídas, y no queda mas que un recuerdo como en sueños de una época que no volverá, porque no volverán el génio que la impulsó, y el que la apoyó; únicos fundadores de la emancipacion mas sorprendente del orbe; pero sin querer me distraía de mi objeto para decir que el jefe de la division que habia llegado, era el coronel D. Anastasio Bustamante: presentéme en medio de un escogido estado mayor, y rebosaba su alma la ansiedad de ver realizada la combinacion que se le habia encomendado por el primer gefe del ejército.

Este le habia dicho en San Juan del Rio— Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte division para proteger este punto, que cree el virey que todavia está de su parte, y llamarnos la atencion para la toma de Querétaro: irá V. á encontrar á aquel, y en donde quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á V., que no es fácil atacar á los soldados de la independencia. Descansen en la actividad y constancia con que V. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entretanto quedaremos espeditos para la mas pronta conclusion de nuestros

planes. En este momento debo V. marchar.

—Señor, respondió Bustamante, me estorzaré en llenar los deseos de V., que en ello cumpliré con mi deber hacia la patria, y con la gratitud que debo á V. por su empeño en distinguirme.—Batido ó replegado Concha, agregó Iturbide, será conveniente recoja V. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. Adomas servirá la expedición de V. para organizar todos los pueblos, cuya opinion está manifestada á nuestro favor.

—Señor, dijo Bustamante, me lisongeo de que podré corresponder á las esperanzas de la Nación y de V.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante anhelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquel, tenían unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponían se prolongaban como siglos.

El mayor orden reinaba en la division patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exaectitud. A otro día de la llegada de la division se puso en marcha muy de mañana, dejando los mas gratos recuerdos de admiración y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; emprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, despues de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan, y cumplido con todas las instrucciones que habia recibido.

El primer gefe manifestó su satisfaccion á la décimasegunda division y á su digno gefe con las mas vivas demostraciones que aumentaban en este y en aquella su decision.

El siguiente día le dijo Iturbide á Bustamante:—Compañero, importa que hoy mismo salga V. con un batallon y cuatrocientos caballos, á auxiliar al Sr. Echávarri que debe atacar el convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallon de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

—Señor, nada tengo que decir á V. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: asi es que partiré en el momento.

—Lo sé, y por esto confío en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento ó admiración nacional. Llevará V. amigo, un batallon y cuatrocientos caballos que V. escoja del ejército, pues debe descansar la division de V.

—Es que mis soldados están listos para ir á donde V. lo disponga.

—No; por ahora llevará V. un solo batallon de refresco y la caballería que le he dicho.

—Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallon de la Union á las órdenes del teniente coronel D. Juan Dominguez, hoy general, y con cuatrocientos caballos. El 21 de junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (1); despues de que hablaron ambos de los negocios, le dijo este á aquel

—Compañero, voy á hacer que se reconozca á V. por gefe de todas las fuerzas, tanto porque le corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

—Bustamante le replicó: compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado V., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen esclusivamente á la mas pronta conclusion de esta empresa y á las demas que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

—Conozco demasiado la generosidad de V., repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por mas acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer gefe.

—No cederé en mi resolucion, manifestó Bustamante, y V. que ha comenzado la obra debe concluir: disponga V. las cosas, y su compañero formará en el lugar que le toque como el primero de los que están á las órdenes de V. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome V., pues, sus disposiciones.

—Cedo no sin grande violencia; pero con la condicion de que modifique V., según su parecer, aquellas, pues asi tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que se prevenía á los gefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julian á discrecion, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel D. Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hacia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo: las demas divisiones siguieron de frente y por los costados. Resultó de estas disposicio-

(1) Cuadro histórico del Sr. D. C. M. Bustamante—tom. V.

nes que el 23 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su corraje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento como el día antes habian recibido otro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, algunos fusiles y 56.000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iturbide, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulacion fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 28 de junio. A los ocho días emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibian de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneracion de libertadores de la patria.

Independencia é Iturbide eran voces sinónimas en aquellos venturosos días que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver. ¡Oh! entonces la union y la fusion de los partidos comprendía una realidad que despues ha sustituidose con frases pomposas....

El gallardo Epitacio Sanchez iba á la vanguardia del ejército, y seguianle por escalones las demas tropas: la division de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una division de caballería á las órdenes de Sanchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasion de batirse con Concha, lo provocó el 22 de julio á una accion en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlan. Vendrá día en que se revelará por quien y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperacion necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuautitlan con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche tambien se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

Otro día bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla, y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su division en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intencion á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide

para verse con O'Donojú en Cordova, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército triguarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante habia quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algun disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, punto de honor bajar á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones espresadas se movieron de Tepotzotlan y Cuautitlan hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aqui salió Concha con tanta precipitacion, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien habia escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartillo de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán D. Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á este.—Compañero, es preciso que avancemos y que replegado á los realistas se comience á estrechar el sitio de México: si le parece á V., iré con una seccion para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.—Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa la primera accion y faltemos á las órdenes del primer gefe.

—Pero tambien sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del Sr. Iturbide.

—Está bien que avancemos; pero encargo á V. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serian sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Alzcapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atencion por un punto y reconocer su campo.

—Supuesto que apruebo el plan de V., espere en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve V.

Despues de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos espresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (1) de los regi-

(1) Torrento, historia de la revolucion hispano-americana. Tom. 3 pag. 291.

mientos expedicionarios, Infante Don Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julian Juvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacubaya. El ejército español, lleno aun de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país: con su peculiar tenacidad, alentado á la voz de sus obsecados gefes; y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que hiciese inclinar los sucesos á su favor. Ronca, pero terribil era todavía la voz del coloso que se había ensoñoreado del vasto imperio de Moctezuma por trescientos años. "Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dió nuevo ser á la España de Carlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamarle al enemigo la atención y reconocer sus posiciones. La descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzacotalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echaagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás, Acosta oficiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se había hecho fuerte. El combate fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían mas fuerzas que los independentes. Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vio violento é incómodo.

—"Barreiro, dijo á uno desus ayudantes que estaban á su lado, diga V. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería y un cañon, para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de éste, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción."

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande violencia; él mismo pasó adonde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Estévan Moctezuma: "Es necesario que VV. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos esponemos á perder algunos soldados." Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste había sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzacotalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Sta. Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquel tocó alto, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolucion que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de término, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega: jamás se le había visto mas decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que es comun, buscaba la gloria en donde la muerte aparecía por todas partes: lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo mas puro; pero como lleno de despecho y

prodigando su vida como obscuro soldado, arastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Principe y granaderos de la corona y primero americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de balirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardecidos mas el combate, los enemigos sucumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denuevo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de estos, embalara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzacotalco (1) en donde se parapetaron para no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independentes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroismo compitió á porfia por ambos bandos.

Serían las siete de la noche cuando llegarón las demas fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el hrio de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio; pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

Sabió es que el capitán D. Encarnacion Ortiz había peleado diferentes veces en el bajo y en la primera época de la independencia contra

(1) El Sr. Torrente sin embargo dice que con su imaginación y elocuencia admirables intenta desfigurar los hechos, hablando de este encuentro junto á Careaga, se va en la precision de confiar en el tomo 3.º páginas 291 y 292, lo siguiente: "Y aunque los realistas se empeñaron en darles (á los independentes) repetidas cargas con el mayor entusiasmo, hubieron de retirarse á Atzacotalco, por haberles inutilizado un cañon de á 8, sobre el que apoyaban sus operaciones."

los dragones fieles del Potosí, y contra los demás cuerpos que venían ahora con el ejército trigarante, y que con satisfacción reciproca tenían el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedía que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la Sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulación toda de honor, toda de gloria.

Eran las ocho de la noche cuya obscuridad impedía distinguir los objetos mas cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían mas parapeto que sus pechos que latían á los nombres sagrados de *independencia y libertad*, y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de viva México! viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la mas terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él.

—Ahora se verá si los fieles van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guanajuato.

—Los fieles, dijo un oficial jóven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachon, (2) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El jóven oficial era el capitán de los Fieles D. Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque V. á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañon hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga V. al teniente coronel D. Francisco Cortazar, que al toque espresado avance tambien por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallon y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida V. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando antes las entradas mas fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las guerrillas del Principe y San Luis al centro, en

(2) Así lo nombraban desde el principio de la primera revolucion en el Bajío.

apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á VV. su impaciencia.

Habian pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines, *alto*, que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban, el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro, la acción se había hecho mas general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, D. Manuel Arroyo y un jóven como de 26 años, lo secundaron á porfia, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba incesantemente. Ese jóven teniente, es hoy el presidente interino de la república, general de división D. Valentín Canaliço.

Los españoles con todo y sus posiciones y la desesperación con que se batían, sufrían pérdidas considerables: no obstante esto se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le había protegido y mas que todo el que los independientes hubiesen entrado en detall á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para estos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se había casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte; Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo mas comprometido de la batalla llamaba "sus hijos" y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimía su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañon no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz. Vamos muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió adonde estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—Tambien nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á

los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacia frente al enemigo interin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañon y de batirse á la vez. La empresa se había hecho de las mas temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habían caido muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, distinguiéndose heroicamente el nunca bien ponderado D. Encarnacion Ortiz, modelo de valor y patriotismo (1). Al pié del cañon succumbió al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroísmo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habian multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barriero á Bustamante, que lo había mandado con órdenes para que se retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto, Arana tambien ha sido mortalmente herido y los soldados de ambos, pocos sobreviven....

—Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad...! exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo como si dudase lo que acababa de oír, y aunque no podia articular palabra, sus semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar: hizo un gesto y sacudió la cabeza, despues anduvo un poco hacia adelante y dijo:

—Erdozain, marche V. y dígame á Endérica que se retire dejando el cañon, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que al cuerpo de mí querido Ortiz no se deje alle, y terminó dando tristemente sus órdenes.

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habian cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió mas de quinientos hombres; pero esta victoria se había comprado con la sangre de muchos intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso dia para las armas mexicanas.

Turbido, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esa accion Bustamante y sus soldados: les manifestó desde Puebla á nombre de la patria su reconocimiento, así co-

(1) Palabra de Bustamante en el parte que dió de la accion.

mo su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de que *pasase revista de presente*. En los anales mexicanos se leen estos tres escudos: *Se distinguió en la brillante accion del 19 de agosto de 1821*. Este escudo lo llevaron ó llevan, el teniente coronel de la Corona D. Francisco Cortazar, mayor del mismo regimiento D. Tomas Castro, comandante del escuadron de Fieles D. Estevan Moteuzuma, teniente del Principe D. Manuel Valiente, teniente de S. Luis D. José Maria Castillo, sargento mayor del ligero de Querétaro D. Cayetano Montoya, ayudante del mismo D. Antonio Chavez, capitanes D. Pablo Erdozain y D. Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería D. José Maria Sandoval. El segundo, que pertenecía con evidencia á los heridos, tenia este lema: *Vertió su sangre por la libertad de México en 19 de agosto de 1821*. Para los de-

mas que concurren á la accion se decretó el siguiente: *Accion victoriosa por la felicidad de México: 19 de agosto de 1821*. Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron, ademas, ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe.

Por mas que el infortunio y la ingratitude lo hayan ajado, con todo y el juicio de la opinion al juzgarlo por sus errores políticos, en los que ningun hombre público puede dejar de incurrir, el fallo de los contemporáneos, por severo que sea, es ineficaz para evitar el reconocimiento nacional; y aunmas todavia para que la posteridad admire con emociones de entusiasmo y orgullo una data que la inmortalidad ha inscrito ya con dorados caracteres: ANASTASIO BUSTAMANTE VENCEDOR EN AZTCAPOTZALCO: 19 DE AGOSTO DE 1821.

México, enero 15 de 1844.

D. REVILLA.

HERNANDO CORTÉS. (1)

I.

Daba y tomaba enojos y ruido; ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de las armas, por lo cual determinó de ir á probar ventura.

GONARR.—*Cron. de N. E.*

En la historia del emperador Carlos V, la página de la historia del mundo que mas abunda en acontecimientos nunca vistos, ni por los siglos que la precedieron, ni por los que la siguen en el constante giro del tiempo. ¿Quién al recorrer los fastos de la nacion española, no siente sus miradas en esa época de lucha, así política como religiosa, en que el coloso del

siglo XVI meditaba su proyecto de monarquía Europea, y hacia una guerra encarnizada á los sectarios de la reforma, para captarse la benevolencia de la corte de Roma, tirana entonces de los tronos, y hacerla obedecer hasta sus menores deseos? ¿Quién no vé en el rival victorioso de Francisco I, en el vencedor de Pavía, al hijo predilecto de la fortuna, al hom-

(1) La litografía que acompaña este artículo, fué sacada del retrato original del Conquistador, que se conserva en el Museo Nacional, y que tuvo la bondad de proporcionarnos nuestro colaborador el Sr. D. Isidro R. Gondra, conservador de dicho Museo.

En la parte superior y á un lado, se ve el escudo de armas que le concedió el Emperador el año de 1525, el cual está dividido en cuatro compartimentos: en el superior de la derecha está el águila que representa el sacro imperio; y en el inferior un leon dorado con campo colorado, que representa las victorias que con su valor alcanzó; en el superior de la izquierda hay tres coronas de oro en memoria de los tres reyes de México, Moteuczoma, Guithaluztán y Quauhtemotzin que venció; y en el inferior, la ciudad de México sobre las aguas, en memoria de haberla conquistado. Tiene por orla el escudo, las cabezas de siete señores vencidos por Cortés, y por remate un yelmo con su lema.

En la parte superior y á un lado, se ve el escudo de armas que le concedió el Emperador el año de 1525, el cual está dividido en cuatro compartimentos: en el superior de la derecha está el águila que representa el sacro imperio; y en el inferior un leon dorado con campo colorado, que representa las victorias que con su valor alcanzó; en el superior de la izquierda hay tres coronas de oro en memoria de los tres reyes de México, Moteuczoma, Guithaluztán y Quauhtemotzin que venció; y en el inferior, la ciudad de México sobre las aguas, en memoria de haberla conquistado. Tiene por orla el escudo, las cabezas de siete señores vencidos por Cortés, y por remate un yelmo con su lema.

El facsimile de su firma que va al pié del retrato, se sacó del libro capitular de actas que comprendió los años desde 1524 hasta 1526, y que existe en el archivo del Ayuntamiento de esta ciudad de México.

El retrato de Cortés que se había accogido con mas aceptación, era uno que acompañaba la edicion que de la historia de la conquista de Soles, hizo D. Antonio Sanchez. Este retrato, grabado por Selma, fué sacado del retrato que al oíro hizo el Veniano, lo cual contribuyó sin duda á darle méritos mas el que es del todo inexacto, si se compara con la descripción que Bernal Diaz del Castillo nos dejó del Conquistador, lo cual ciertamente no sucede con el que nosotros publicamos ahora, pues no nos cabe duda en que es el mas exacto.

bre que destina el cielo para dar su nombre á un siglo, después de habérlo hecho estremerose y acatar sumiso sus mas ligeras é insustanciales caprichos? Todo contribuía entónces á aumentar su gloria: nunca se habían visto tan brillantes hechos de armas, como los que entónces se vieron; ni nunca habían descollado tantos y tan diestros capitanes, como los que en esa época combatiéron al lado del Emperador: la mirada del semi-dios engendraba héroes. Mas la gloria del reinado de Carlos V, quizá en lo que ménos consiste es, en haber producido los famosos capitanes que le sometieron los países gastados de la cáduca Europa, porque ¿quién en ese siglo de las grandes hazañas se para á contemplarlos, cuando por otro lado se presentan á su imaginación cuadros mas nuevos, mas vivos y animados en los valientes aventureros, que pasando los mares y esponiéndose á los azares de la fortuna, supieron ganarle en un mundo recién descubierto, mas reinos que los que sus antepasados le legaron, según la espresion de uno de ellos? (1) Mientras él subía al trono, ellos atravesaban el Atlántico y ponían firme el pié en el mundo de Colon; mientras él aprestaba sus armadas y sus ejércitos para dominar á la Europa, ellos se aliaban con los pueblos mas débiles de las nuevas regiones para combatir á los mas fuertes; y en fin, cuando él después de un sangriento combate, esclamaba: esta mezquina parte de la Italia es mia, ellos le tenían ya sometidos imperios tan grandes, como la Europa misma. Uno de estos capitanes, acaso el mas distinguido, fué Cortés, el conquistador de una de las mayores, mas ricas y mas hermosas partes del Nuevo Continente.

En el año de 1485, reinando en España los reyes católicos B. Fernando y Doña Isabel, reyes de Castilla y de Aragon, siendo los moros dueños todavía de Granada, y siete años antes de que Colon diera al mundo la mayor prueba de lo que puede el ingenio, nació en Medellín en Extremadura, un niño á quien llamaron Hernando Cortés, y cuyos padres fueron Martin Cortés de Mouroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, de conocida hidalguía, como lo prueban sus apellidos, pero de escasisima fortuna, quienes viendo con sumo pesar que su hijo crecía poco robusto y en extremo enfermizo, desesperaron de su vida, pues repetidas veces lo habían arrebatado ya en su niñez del umbral del sepulcro. En este estado pasó Hernando Cortés los catorce primeros años de su

(1) Cortés en una entrevista que tuvo con el Emperador.

vida, en cuyo tiempo lo enviaron sus padres á Salamanca, para que pasado el estudio de la latinidad, se dedicase al de las leyes que debían asegurarle su porvenir. Dos años permaneció en Salamanca estudiando la gramática con un pariente suyo, al cabo de los cuales, fastidiado de una ocupacion tan contraria á sus inclinaciones, abandonó aquella universidad, y volvió á Medellín en donde comenzó á descubrir su ánimo esforzado y emprendedor, y su carácter mas hecho para el calor de las batallas, que para el reposo de las aulas.

Dos eran los caminos que se le abrian en esa época á la juventud española para ir en pos de la fortuna y de la gloria: la Italia y las Indias: en la primera, las banderas del Gran Capitán los conducian al triunfo: en las segundas, la estrella del polo era su guía hasta las playas, en donde solo con su valor, no vacilaban en luchar con la ruda naturaleza de los nuevos países y con los pueblos esforzados que los habitaban. Cortés, jóven de diez y seis años, vaciló antes de decidirse á seguir uno de estos dos caminos, vió el de la Italia, y le pareció bello; mas contempló el de las Indias, por el que tantos tesoros se derramaban en España, y se decidió por este. Nicolás Ovando, comendador de Lares, pasaba á la sazón á la Isla Española (2), en calidad de gobernador, y con él hubiera emprendido su viaje el jóven Cortés, si no se lo hubiera impedido una enfermedad, resultado de uno de esos incidentes á que dá lugar el fuego de la juventud. Hernando amaba á una jóven de Medellín; quiso verla por última vez antes de partir; mas en su desgraciada escursión amorosa, dió una caída, de la que le resultaron unas cuartanas (3) que le impidieron emprender su viaje con Ovando, quien sin detenerse se hizo á la vela, el día prefijado. Este accidente imprevisto frustró por entónces la determinacion del jóven, quien después de su restablecimiento quiso pasar á Italia ya que no á Indias. Empezó en efecto su viaje; mas habiendo llegado hasta Valencia, se detuvo y perdió un año en devaneos, y escaseo de dinero, como dice Gomara, lo cual lo hizo volver presto á Medellín. Esta segunda vez, el año de 1504, siendo ya Cortés de diez y nueve años, se embarcó en fin, en San Lúcar de Barrameda, después de haber recibido la bendicion de su padre, en la nave que Alonso Quintero fletó ese año con mercaderías para la Isla Española; y este fué el principio de la rea-

(2) Haití.

(3) Gomara Cron. de N. E.

lización de su primer proyecto de viaje á las Indias. Salieron del puerto con viento próspero, y con él navegaron hasta la isla Gomera (1), en la que se hicieron de provisiones para el resto del viaje, y siguiendo su camino, el mal tiempo las hizo engolfarse de tal manera, que faltos ya de viveres perdieron la esperanza de la vida, resignándose con una muerte casi segura. En este conflicto, el viernes santo de ese año vieron llegar y pararse en la gavia de la nave una paloma, que fué indicio de que no distaba ya mucho la tierra; y con esta esperanza caminaron otros cuatro dias, al cabo de los cuales se oyó resonar, infundiendo el júbilo en todos los corazones, la voz de: „Tierra, tierra,“ pues tenían á su vista la Isla Española; y al día siguiente estaban ya en Santo Domingo.

Cortés se dirigió luego á la casa de Ovando, á quien no encontró allí, pues habia salido de la ciudad á una expedicion importante; mas quien á pesar de esto, cuando tuvo noticia de su llegada, mandó que se le diese parte en el repartimiento de las tierras, y que se le tratase como á persona de su aprecio. Cortés fué dueño en el acto de varios solares; y con su constante idea de amontonar el oro de que habia oído decir estaban llenas estas tierras, quiso ir él mismo á recogerlo en persona (2); mas como se le hicieron palpar las dificultades que para ello habia, se dió á la granjería, lo cual no le valió pocos miles de ducados. En este ejercicio pasó el tiempo que medió de fines de 1501 á 1511, en cuyo año fué con Diego Velasquez á la conquista de Cuba, hecha la cual, aumentaron sus riquezas con los nuevos terrenos que se le adjudicaron, de suerte que, como dice Gomara, fué el primero que tuvo *ato y cabana* en la Isla. A ella arribó en ese tiempo también un tal Juan Xuárez, natural de Granada, acompañado de su madre y de tres hermanas, que por ser las únicas Españolas que habia entónces en ella, eran cortejadas por todos los que habian venido á la conquista de Cuba; y una de ellas, llamada Doña Catalina, lo era por Cortés, quien al principio, con las torcidas intenciones de tenerla por dama nada mas, vino por fin á casarse con ella, cuando después de haber sido puesto en un cepo por este motivo, les dió una muestra de su ca-

(1) Una de las Canarias.

(2) Debemos creer que este sentimiento de avaricia dominaba á Cortés, cuando vemos que Gomara, el cronista de las cosas de Nueva España, que nunca lo aborreció, y que es sin duda su mas apasionado, no solo no le niega, sino que le asegura.

rácter, rompiendo los cerrojos de la prision, tomando la espada y rodela del alcaide, saltando por una ventana y yendo á refugiarse en la iglesia en presencia del mismo Velasquez que lo habia puesto preso, y con quien no volvió á estrechar amistad sino después de varios acontecimientos que al paso que prueban el arrojo y temeridad de quien dió lugar á ellos, no son el mejor abono de su conducta.

Aquí terminia el primer periodo de la vida de Cortés. Desde su nacimiento hasta los catorce años de su edad, lo vimos enfermizo y luchando á cada paso con la muerte, como si esta vacilara en ahogar en sus primeros años á aquel coloso, que pasando los tiempos debia llenar el mundo con su fama; y lo vimos luego fastidiado de la vida escolar á través gozoso el Océano, realizar sus primeras ilusiones é ir descubriendo poco á poco su carácter impaciente y aventurero, *ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas, por lo cual determinó de irse á probar ventura*. Esta es la historia de su juventud turbulenta y licenciosa.... mas olvidemos sus desórdenes, que la juventud de los grandes hombres es un dia, comparado con los años maduros de su vida.

II.

Era hombre de gran talento y destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponía, sumamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer aun desus iguales, magnánimo en sus desiguales y en sus acciones, constante en obrar, molesto en la conversacion, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna.

CLAYTON.—Hist. Ant. de Mex. Lib. VIII.

En el año de 1517, Francisco Hernández de Córdoba, descubrió el Cabo Oriental de la península de Yucatan, que llamó Cabo Catoche; y habiendo vuelto al puerto de Axaroco (1) de donde habia zarpado, con la noticia de las grandes riquezas que el sospechaba que habia en estas tierras, por cuyas costas pasó cambiando frívolas bagerías por oro y otras cosas de gran valor, inspiró á Diego Velasquez, gobernador á la sazón de Cuba, la idea de mandar á su sobrino Juan de Grijalva á reconocer aquellas costas. Salíó en efecto Grijalva con cuatro buques y doscientos soldados, reconoció la Isla de Cozumel, y fué costeando hasta la embocadura del río Panuco, de cuyo punto volvió á Cuba cargado de oro, y después de haber

(1) Habana.

puesto por nombre *San Juan de Ulúa* á un islote situado á una legua de distancia de la costa de *Chalchihucucán*, (1) en donde fueron vistos por primera vez por los naturales del país, quienes enviaron luego una embajada á Moctezuma II, rey de México, dándole noticia y acompañándole unas pinturas de aquellos recién venidos, á los que esta nación, consultados los oráculos, tomó por el Dios *Quetzalcoatl* que según su tradición debía volver á su comarca despues de haberlos abandonado muchos siglos hacia. Impuesto Diego Velasquez de cuanto su sobrino le contó de aquellos países, pensó luego en mandar á ellos una expedición, que dirigida por un capitán esforzado, no solo tuviese por objeto esta vez costearlos, sino internarse, tomar posesion de ellos por derecho de conquista, y arrancarles el oro á sus moradores; tal era la sed de este metal que lo devoraba! Entre tantos aventureros como entonces habia en Cuba, ninguno le pareció á Velasquez mas á propósito para aquella empresa que Cortés, porque á un ánimo esforzado y emprendedor, y á un carácter constante é invariable, reunia bienes cuantiosos con que poder contribuir por sí mismo al sostenimiento de la expedición, y porque gozaba además en la isla de un prestigio de que todos los demas carecían. Fué, pues, nombrado Cortés capitán general de la armada que presto debería zarpar de Asarcuo á las costas de Yucatan ó de Chalchihucucán; y ocupado desde entonces en los preparativos de aquella expedición, gastó la mayor parte de su caudal y contrajo deudas enormes. Publicóse su nombramiento por bando en la Isla, y los principales habitantes de ella fueron en el acto á ponerse bajo las banderas del nuevo capitán, entre los cuales se contaban Pedro de Alvarado de Badajoz, Cristóbal de Olid de Baeza en Andalucía y Gonzalo de Sandoval de Medellín, que tanto se distinguieron despues. Dispuesto ya todo, el 10 de febrero de 1519 se hizo á la vela aquella armada, compuesta de once bajoles, cincuenta y ocho soldados, cieno nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes, y habiendo tocado en la isla de Cozumel, pasó adelante costando la península de Yucatan, hasta llegar á la embocadura del río Chiapa en la provincia de Tabasco, por cuyo río se introdujo en bajoles menores hasta saltar en tierra firme, desde donde se dirigió hácia una gran ciudad, que desde allí se veía, no sinser entre tanto acosada por las flechas y dardos de los moradores de

(1) La costa de Veracruz.

aquellas playas. Llegados los soldados que acompañan esta armada á esta ciudad, la tomaron, y prosiguiendo en sus correrías fuera de ella contra los indios, se vieron precisados á dar una batalla decisiva el 25 de marzo en la llanura inmediata, batalla de la que con su disciplina, sus armas de fuego y la agilidad de sus caballos, salieron vencedores, á pesar de que los Tabasquesos los superaban en número. Cortés á la manera caballeresca, tomó luego posesion de aquella ciudad en nombre del Emperador; embrazando la rodela, desvainando y empuñando la espada, dando con ella tres golpes en el tronco de un árbol, y protestando que el que á aquello se opusiese, sucumbiria bajo los golpes de su acero. Convocó luego á los señores de la provincia, quienes atemorizados juraron prestar obediencia al rey de España, oyeron sumisos las primeras instrucciones de la religion cristiana de boca de Fr. Bartolomé de Olmedo, y presentaron por fin al temible capitán varios regalos de oro y veinte esclavas, entre las que iba la célebre Doña Marina, la intérprete y dama del conquistador, tan interesante en los acontecimientos posteriores: esta fué la primer victoria de Cortés, preludio de las que despues alcanzó contra fuerzas mayores y mas poderosas.

Por orden del capitán general, se hizo de nuevo á la vela la armada, tomando el rumbo del Poniente, y despues de haber costado la provincia de Goazacoalcos, entró el 21 de abril, jueves santo, en el puerto de San Juan de Ulúa; de aquí pasó Cortés á la costa, al día siguiente, en donde recibió la embajada y los regalos de aquellos naturales, prueba de su debilidad y de su temor; aquí formó el proyecto de fundar allí mismo una colonia, que al paso que le sirviese de refugio en caso de una retirada, fuese el depósito de los tesoros de aquellas comarcas y el punto en que se recibiesen los refuerzos de España y de Cuba. Recibió allí el mensaje y los regalos de Moctezuma, que habiendo sabido su llegada habia consultado á sus oráculos; acogió con benevolencia los regalos y la embajada de los Totonagues, en que le invitaban á pasar á Zempoalan su capital; y en fin, pasó á esta ciudad, en donde fué recibido con las demostraciones de la admiración y respeto de sus habitantes. Era el ánimo de Cortés demasiado altivo, y su ingenio en estrecho elevado para haberse contentado con proseguir su expedición, como simple capitán nombrado por el gobernador de Cuba, á quien tendria que dar cuenta de todos los pasos que pudiese consumir aquella obra diese; y conociendo

que la gloria y la fortuna de aquella expedición no debían redundar sino únicamente en su pro, obligó á los soldados á quienes habia conseguido ganarse ya con su rara destreza, á que lo confirmasen en nombre del rey, en el mando así político, como militar, con entera independencia del gobierno de Cuba. Llegado pues á Zempoalan, con el nuevo nombramiento de sus soldados en nombre del rey de España, tuvo una conferencia con el monarca de aquella nación, de la que resultó que Cortés le prometiera auxiliarlo contra los Mexicanos, para que volviera á recobrar su nación la antigua independencia, perdida por las conquistas de Moctezuma; hizo alianza con los Totonagues, los declaró libres de pagar el tributo á la corona de México, y comenzó á realizar en este punto el plan que su política le habia inspirado, la alianza de los pueblos conquistados para dirigirse sobre el conquistador. Dió aquí una prueba de su sagacidad mandando á los Zempoales que aprendieran á los cinco ministros que les habia enviado Moctezuma, para reconvenirlos por haber hecho alianza con los extranjeros sin su consentimiento, y poniéndolos él luego en libertad, lo cual le valió nuevos regalos de Moctezuma, que con esta acción lo creyó su amigo, y el mayor apogo de los Totonagues que lo juzgaron su protector: derribó los idolos de Zempoalan, y decidió á una gran parte de sus habitantes á abrazar el cristianismo: pasó luego á la costa á fundar su colonia, á la que llamó Villa Rica de la Veracruz, por las riquezas que allí encontró á su llegada, y por haber arribado á ella en viernes santo; escribió allí mismo una carta al Emperador, en que le daba cuenta de cuanto habia hecho, suplicándole lo aprobase, y el 16 de julio, despues de haberse hecho á la vela Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejo, que llevaban las cartas al Emperador, destruyó las naves para obligar á sus soldados á seguir adelante, quitándoles así toda esperanza de volver á Cuba: acción nunca vista que bastará por sí sola á probarnos que dentro de su pecho no palpita un corazón nienguaado.

Emprendió, en fin, su viaje á México, y el 16 de agosto salió de Veracruz con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlamana*, (hombres de carga) y con alguna gente de los Totonagues; pasó por Talapan y Jocotilla, y siguiendo el consejo de aquellos pasó primero á Tlaxcala que á Cholula; mas ántes de decidirse á entrar en las tierras de aquella república, mandó un mensaje á su senado, pidiéndole el permiso

de pasar. Este mensaje, que se reducía á decirles que venía á auxiliarnos contra el tirano de México, causó grande alarma en el tirano y en toda la ciudad, y solo despues de grandes discusiones se convino en permitirle la entrada, sin dejar de mandar por esto en pos de los Españoles, cuatro mil Otomites para que los atacasen. Cortés, que habia aguardado ocho días en Ixtacamaxiltlan la respuesta del mensaje, impaciente ya de su tardanza, se habia internado hasta el limite que separaba los dominios de Tlaxcala y México, en cuyo punto la recibió, y habiendo notado á la sazón á los Otomites que habian salido á combatirlos, cargó sobre ellos hasta derrotarlos, bien que en esta carga sacó dos caballos muertos y tres heridos, pérdida considerable si se considera el número de caballos que traía. Se acercó luego en su marcha á unas montañas, en las que habia unas barrancas, y como los Tlaxcalenses, partidarios los mas de Xicotencal el viejo, que se habia opuesto tenazmente á que se permitiese la entrada á Cortés, supiesen la derrota que los Otomites habian sufrido, se dejaron ver luego en número de tres mil, arrojando flechas y piedras contra los Españoles. En vano Cortés les protestó que no venia con miras furtivas; los Tlaxcalenses hicieron una retirada falsa para atraerse á los Españoles á las barrancas é impedirles el manejo de su caballería y de su artillería, y cargaron allí sobre ellos en mayor número: los Españoles se vieron bastante embarazados, y solo despues de muchos esfuerzos y por la destreza de su caudillo, lograron salir de allí, poder hacer uso de la artillería y de la caballería, y derrotarlos completamente. El 5 de setiembre volvió á presentarse el ejército Tlaxcalés, compuesto, según Bernal Diaz del Castillo, de 50,000 hombres; sufrió nueva derrota, y á la tercera, escarmentado ya, hizo la paz y se confederó con los Españoles. Recibió entonces Cortés nueva embajada de Moctezuma, quien temeroso de que se aliara con los Tlaxcalenses en su contra y sin saber que hacer, trataba de captarse la benevolencia del capitán español con valiosísimos presentes; recibió igualmente embajadas de los principes Huejatzinques y de Ixtlixochitl de Texcoco; y despues de haber exigido la sumision de los Tlaxcalenses al emperador, entró triunfante en Tlaxcala el 26 de setiembre de 1519, queriendo luego que los Tlaxcalenses abandonaran su religion por la de Cristo, para lo cual intentó hacer con sus dioses lo que habia hecho con los de Zempoalan; mas advertido de su imprudencia desistió de su empeño. Bien asegurado